

## EL INICIO

PARA COMENZAR A ESCRIBIR ESTE RELATO tengo que remontarme a mis primeros años de vida y viajar hasta la infancia para poder enseñaros los diferentes escenarios por los que pasé antes de llegar a la experiencia verídica, aunque indescriptible, que cuenta este libro. Primero tenéis que conocerme para poder entender mejor todo lo que quiero compartir con vosotros, todo lo que he vivido. ¡Aun con todo, me sigue pareciendo impresionante! Empezaré hablando sobre mi pueblo y mi familia, que es donde se supone que uno se forma como persona y que, a su vez, condiciona su futuro. Comencemos por ello, en un intento de que os ayude a entender mejor mi historia.

Nací en un pueblo a solo doce kilómetros de Zaragoza. Cuando era pequeña, el municipio era más pequeño, de unos 1.500 habitantes, aunque hoy ronda los 6.000. Me crié con un padre autoritario y con una madre que jamás se enfrentó a sí misma. Me hice mayor creyendo que lo blanco era negro y lo negro blanco, debido al ambiente emocional que se respiraba en mi casa, que acabaría afectando a mi psiquis. Esto me llevó a buscar incesantemente en mi interior las respuestas al vacío de amor y soledad que sentía, y también a indagar sobre la verdad y sobre Dios.

Por ello, desde los doce años, cuando empecé a tener cierto uso de razón, comencé a devorar todos los libros de autoayuda que caían en mis manos: a Lobsang Rampa, volúmenes de alimentación, de yoga... y, dentro de lo posible y de lo que entendía, empecé a practicar estas disciplinas. Sobre esa edad, más o menos, pasé de vivir en un piso pequeño, pero rodeado de vegetación, a mudarme al centro del pueblo, donde todo era gris y asfalto. Esto me entristeció mucho, y ahora

entiendo por qué. El contacto directo que tenía con la naturaleza resultaba de gran importancia para mi bienestar. Además, en casa, las cosas estaban siempre caldeadas —o así, por lo menos, lo recuerdo—, mientras que la naturaleza me daba vida, paz y un respiro.

Pasé mi infancia con mis abuelos, ya que mis padres trabajaban mucho los dos, así que pasaba todas las tardes con ellos, hasta que venían a buscarnos a mí y a mi hermana. Entre ese distanciamiento y la distancia emocional en casa, crecí con un inmenso sentimiento de soledad y de falta de amor, que más adelante se manifestaría en mi forma de relacionarme con los hombres, escogiendo siempre aquellos que reflejaban mi soledad interior y mi baja autoestima. Era como si recrease la relación distante que tuve con mi padre, pero aquello solo me daba lo que ya tenía: más dolor.

Con todo esto, a mis doce años fuimos a vivir en la casa nueva, inmensa, aunque todo lo que la envolvía me resultaba gris. Fue allí donde habían muerto mis bisabuelos, mientras que mis abuelos vivían en la casa de enfrente. Al trasladarnos, no recuerdo exactamente cuándo ni cómo, empecé a tener pesadillas. Me parecía ver sombras por la habitación, figuras que se movían. Pero, como era una niña muy imaginativa, mi madre me decía que sería cosa mía. A mi padre nunca le interesaba nada y siempre estaba de mal humor. Así lo recuerdo. Es verdad que ahora ha cambiado, pero me cuesta tener la sensación de haber tenido padre porque, aunque sí que estuvo físicamente, emocionalmente no lo percibía, aunque eso es otra historia.

Las visitas nocturnas se hicieron cada vez más intensas y frecuentes. Llegué un día a soñar por la noche con que me estaban ahogando, y seguía sin casi poder respirar al despertar. Vi a un hombre con aspecto de leñador, apretándome el cuello mientras reía. Me quedé aterrorizada; no era un sueño, era muy real. Encendí la luz, y el hombre seguía allí. Mas al pedirle que se fuera, desapareció.

Esa fue una de las primeras experiencias intensas, pero llegarían más, y me harían tener miedo a estar sola en esa inmensa casa. Por las

tardes, siempre a la misma hora, oía toser y crujir las escaleras. Pasé parte de mi adolescencia en la puerta de casa esperando que alguien llegara, por no quedarme a solas con todos estos acontecimientos. Las experiencias iban en aumento. Una chica oriental, a mis pies, me estuvo acompañando por la calle durante dos días, hasta que desapareció. Era de color oscuro y solo me observaba, pero no me hacía nada. Y así sucesivamente, un suceso extraño tras otro.

Ahora, mientras escribo esto, me imagino que el ansia de saber más, de entender, de buscar a Dios y la verdad, produjeron en mí una apertura, dando lugar a todo estos acontecimientos. Es verdad que desde pequeña me interesaban todo este tipo de asuntos. A veces, con mi madre, íbamos a reuniones sobre ovnis en el casino de Alfajarín, el pueblo de al lado..., pero nada más.

Aquellos encuentros siempre me dieron miedo, ya que no tenía ningún control sobre ellos ni entendía nada de nada. Con dieciséis años rogué con todas mis fuerzas que cesara toda visión y, quitando alguna esporádica, más o menos así fue. El fallo consistió en pensar que, al no verlas, ya no existían ni me rodeaban. Ese fue el mayor error que cometí, porque contribuyó a que no comprendiera lo que después iría ocurriendo en mi vida, lo que me llevó a confundir estos fenómenos con el estar enferma.

La adolescencia fue una época muy complicada para mí: con mucha confusión, una baja autoestima, y sabiéndome diferente al resto de los que me rodeaban. Me sentía distinta, muy distinta. Me interesaban otras cosas que a mis amigas, por lo que con ellas nunca terminaba de sentirme a gusto. Tenía un profundo sentimiento de soledad y no me apetecía compartir las interminables fiestas repletas de drogas que entonces se frecuentaban. Notaba un inmenso vacío y me preguntaba si la vida, si todo el mundo, se sentía así siempre. Me planteaba si era lo normal o si se podría vivir de otro modo. Todo esto no tardó en desembocar en fuertes y constantes ataques de pánico y ansiedad.

A los quince años comencé a padecerlos y no se irían mitigando sino muy poco a poco hasta que cumplí los veinticuatro. Ahora puedo entender que aquellas crisis de ansiedad eran fruto del vacío, de la falta de amor y comprensión que yo sentía por parte de mi familia, de mis amigos y de quienes me rodeaban en la vida. Simplemente, era diferente, y no encontraba mi sitio como los demás. En un intento de huir de todo aquello empecé a salir con un novio, quien no solo no me ayudó, sino que me corroboró lo que había en mi interior. Para que me quedara claro, me destruyó psicológicamente.

Los ataques de ansiedad continuos, las visitas al hospital sin poder respirar eran más habituales de lo que deseaba. El terror a la vida y a la soledad se apoderó de mí, y con ello la enfermedad. Siempre estaba enferma y hambrienta de amor, pero no lo sabía y mucho menos cómo encontrarlo. Jamás nadie me había hablado de ello. Sufría episodios de pánico que enlazaba uno con otro sin poder moverme de la cama porque el hecho mismo de andar me provocaba crisis tan fuertes de taquicardia que pensaba morir.

Anorexia, bulimia, depresión... De nuevo me preguntaba si todo el mundo se sentiría igual o si era posible otra manera de enfrentarse a la vida. Yo no recordaba conocerla. Y, en todo este trance, ni mis padres, ni mi hermana ni mi mal llamado novio de entonces me ayudaron. De hecho, lo complicaron. O así lo sentí y viví.

Creo que si sobreviví a todo ello fue gracias a mi amiga María. Nunca olvidaré el apoyo que me ofreció. Gracias, amiga. Otra persona que me ayudó fue una profesora del instituto, Isabel Jiménez, que se acabó convirtiendo en una de mis mejores amigas. Me ayudó a comprenderme a mí misma. Al verla, me sentía identificada. Ella era diferente a todo lo que había conocido. La llamaban rara y la loca, pero para mí era mi amiga. Gracias Isabel por haberte cruzado en mi vida. Quien también me respaldó en gran manera fue mi profesor de inglés: él también era diferente. Gracias, Carlos.

Pero antes de conocer a Isabel, y después de todas las experiencias vividas, llegué al instituto sin tan siquiera saber quién era. No me quería a mí misma, no me conocía y, lo peor, iba de prepotente, de superior, en un intento de ocultar mi baja autoestima y mi dolor que, la verdad, sentía como muy duro. Con un gran sufrimiento interno me desahogaba escribiendo un diario, pintando, dibujando, cosiendo, haciendo deporte y componiendo poesías. Mi poeta favorito era Becquer. Al leerlo sentía que al menos él sí me entendía.

Así pasó el tiempo hasta cumplir los diecinueve años. En el momento de acabar el instituto estaba pasando por una depresión, pesaba 39 kilos y, además, aquel novio de entonces se atrevía a decirme que estaba gorda... No sabía dónde ir, sentía que no tenía dónde caerme muerta, porque no me encontraba bien en ningún sitio.

Elegí marcharme a estudiar a Barcelona, lo cual fue el origen de numerosas discusiones con mi madre. Pero estaba decidido, me iría con o sin su ayuda y, de paso, me libraría de todo el mundo en un intento de ganar un espacio para poder respirar tranquila y conocerme a mí misma. Los ataques de pánico, ante la perspectiva de verme sola en una ciudad extraña, aumentaron. El primer año casi dejo los estudios, porque los ataques eran tan intensos que me costaba recuperarme de ellos mucho tiempo. Me debilitaban tanto que me sentía morir.

Intenté aguantar, y casi decido volver porque no soportaba la soledad y el vacío... Hasta que conocí a Marc. Era un alma afín, con la cual me sentí querida, acompañada y apoyada. Su amor me dio la fuerza que necesitaba para permanecer en Barcelona y para que los ataques de pánico menguaran un poco. A partir del tercer año de estar allí se produjeron con menor frecuencia, hasta que acabaron por ser más y más espaciados y prácticamente desaparecer, excepto en situaciones muy concretas.

Marc fue el impulso de mi mejoría, la luz para poder seguir en Cataluña. Pasé a conocer a mucha gente que era como yo, comencé a hacer yoga y a practicar meditación en una escuela, gracias a mi compañera de piso, que aguantó lo increíble de unos estudiantes adolescentes.

En aquel momento no me di cuenta, pero, si algún día lee este libro, espero que le llegue todo mi agradecimiento. Gracias, Ana Martínez, por tu apoyo y por tu amor. Me sirvió de mucho, aunque nunca te lo dijera. Eternamente, gracias.

Y gracias también al yoga y a la escuela de meditación donde estaba rodeada de personas como yo. Ahora, ya no era rara, ahí era una más. Junto a Marc emprendí un nuevo aprendizaje sobre mí misma. Fue mucho el esfuerzo, el trabajo, la constancia y el valor que tuve que echarle... porque el miedo seguía allí, y la soledad, pero todo esto me ayudó a continuar, a aguantar y a permanecer en Barcelona, permitiéndome tener mi propio espacio para conocerme.

Mientras estudiaba diseño de moda también me preparé para ser profesora de yoga. Su práctica, mi paso por una escuela de meditación y sanación y mi formación en diseño eran más que suficientes para ayudarme a avanzar, a empezar a sentirme a gusto y a conocerme, aunque todo ello con grandes dificultades, debido a los ataques de pánico. Seguían presentes, aunque más suaves, y los terminaba de controlar tomando cerveza para relajarme y pastillas de espino blanco para calmarme... De esta manera, poco a poco, fui mejorando.

En la escuela *Freedom* de meditación, de Gemma Vila —que se formó con Michael Frederick—, comencé con la sanación y la videncia. Todas las semanas hacíamos sanaciones gratuitas, todo los viernes meditábamos hasta las mil, los fines de semana hacíamos cursos... me sentía como en casa. Me hubiera faltado comprometerme más con lo que me gustaba, hoy me doy cuenta de que picoteaba de todo, de que no echaba raíces, y luego me quejaba de mis sentimientos de no pertenencia y de soledad. Ahí tuve una oportunidad de enraizar, pero no lo hice. Las cosas ocurren como ocurren y aun así estuvo genial.

Fueron seis años los que estuve en Barcelona. Durante ese tiempo trabajé de estilista para Custo Bcn, en desfiles, en un *chill out*, cosí bragas para un sex shop... Hice un poco de todo en un intento de ganar algo de dinero para que mis padres no tuvieran que gastar tanto. Una vez

terminados los estudios, y con tantas experiencias vividas, la ciudad ya me pesaba, puesto que a lo largo de este proceso aprendizaje acontecieron muchas cosas; unas buenas, otras, no tanto. Entre las negativas, una fue dejar atrás a Marc, por cobardía, y eso me dolía muchísimo, pero no tenía el valor aun para cortar con quien era mi pareja, ni tampoco el valor para estar con él, debido al poco amor propio que me tenía.

Necesitaba un nuevo espacio, sin recuerdos, para tratar de integrar todo lo vivido en esta etapa, y me fui a Madrid, en un intento de trabajar en el cine, que era lo que me gustaba. Lo dejé todo en Barcelona, lo bueno y lo malo. Necesitaba salir de ahí, un cambio de aires, un nuevo lugar. A los dos meses de estar en Madrid me di cuenta de que jamás podría vivir en esa ciudad. Aunque tuviera el trabajo de mis sueños, aquello era demasiado asfalto para mí. El ritmo frenético de la gran urbe no me gustó y aunque no conecté con el lugar me enamoré de sus gentes. En un solo año hice más amigos que en los seis que había vivido en Barcelona. Allí también conocí el amor, supe lo que es amar de verdad a mi alma, llama gemela. Nada más verlo supe que era él, mi cuarto chacra se activó de golpe y durante mucho tiempo –años– ese amor vivió en mí, aun sin estar con él.

Mi cuarto chacra abierto de par en par vivió solo para y por amor, me sentía extenuada de tanto amar. Eso atemperó mis ataques de ansiedad y me sentía más fuerte, más capaz. Tenía claro que no viviría en Madrid y que al acabar el curso me marcharía, no sabía aun donde. Y, a pesar de tener posibilidades de trabajar en el teatro o en cine, renuncié.

Mientras estudiaba, paralelamente daba clases de yoga en una escuela que encontré cerca de donde estudiaba. El dueño de la escuela, Juan Hernández, es desde entonces un gran amigo. Gracias, Juanito.

En Madrid conocí a Diego y, como decía, desde que lo vi lo amé. En ese mismo instante algo se despertó en mí, y comencé a tener experiencias de amor, de alma a alma. Y así pasó mucho tiempo hasta que, finalmente, años después, comprendí que dos almas pueden amarse. Pero también, aunque esas almas estén en contacto, muchas cosas pueden in-

terponerse, rompiéndose lo acordado por una de las partes o por ambas. El sufrimiento fue inmenso, oscilábamos ambos del miedo al amor y él desconfiaba a la mínima de todo lo que no era perfecto, alejándose de mí, hasta llegar a decirme que yo no había significado nada de aquello para él.

Finalmente, después de muchos años amándolo, un día, al intentarlo de nuevo, sentí que aquello no podía ser, que hasta ahí habíamos llegado. Lo sentía muy lejos de mí, nuestros caminos se habían separado. Así que acepté la realidad, sintiéndome liberada, y decidí seguir mi camino por otros derroteros, por los que todo resultara mucho más fácil. De nuevo me permití disfrutar, amar, sentir y, por primera vez, pude cerrar esa puerta para abrir otra y mantener nuestra relación como una amistad. Es verdad que lo quiero y lo querré siempre, pero él no es para mí, y sabiamente me hizo recordar quiénes éramos y qué somos. Le di y le daré las gracias, pero lo dejé libre para que experimentase, para experimentarnos a nosotros mismos como conciencia individualizada, sabiendo que un trocito de mi corazón se lo llevó consigo y que otro trocito suyo quedó en mí.

La vida siguió en medio de problemas familiares, a la vez que las cosas con Diego se torcían. De la ruptura del que fue mi novio desde los dieciséis años saqué la fuerza para reponerme gracias al amor que percibí de Diego, que me ayudó a alejarme de una persona que no me trataba bien. Sé que de otro modo no hubiera sido capaz, ya que por aquel entonces me sentía desvalida y no sabía dónde apoyarme. Me encontraba sin fuerzas y jamás lo hubiera hecho por miedo a la soledad. Seguía llena de miedos, víctima de unos malos tratos que no sabía cortar ni impedir. Fue mucha la ayuda terapéutica que precisé para atreverme a ver la verdad que me rodeaba —en casa, en mi pareja, con Diego...—, y para atreverme a ordenar mi vida y enfrentarme a todo ello.

Aquellas circunstancias acabaron conjugándose y estallando por todos los lados. De nuevo no sabía a dónde ir, así que volví a Barcelona, a casa de unos amigos, que me acogieron mientras resolvía mi vida.



Quizás no fuera el mejor lugar, porque discutían muchísimo entre sí y, además, al padre de uno de ellos lo trajeron a su casa para morir. Es cierto que todo esto no ayudó, pero era lo que había.

La ansiedad se instaló de nuevo en mí día a día. Emocionalmente estaba desesperada y, debido a mis problemas personales y familiares, mi madre cayó en una depresión también. Viví otra etapa muy, muy dura. Me sentía hundida y perdida, sufría de nuevo crisis de angustia, así que supliqué a Dios ayuda. Recé, lloré y, finalmente, después de mucho pedir, recibí respuesta, y esta se presentó como mi guía extraterrestre. Me explicó que llevaba toda mi vida comunicándose conmigo sin que yo fuera consciente. A través de la inspiración de mi diario, en el que yo escribía todos los días, me preguntó que por qué me alarmaba. Yo pensaba que me había vuelto loca. Pero me dijo que llevaba muchísimo tiempo hablando conmigo y que cómo era que me daba por asustarme ahora.

Comencé a canalizar sin saber lo que hacía. Y es que por aquel entonces yo no sabía nada acerca de lo que era canalizar, ni que tal cosa se llamaba así. Era incontrolable, tan pronto canalizaba a la luz como a la oscuridad. De repente, recibía información del que estaba a mi lado. **Se me abrió el canal de manera espontánea**, y ahora entiendo cómo y por qué pasó.

Al rezar a Dios con toda mi fuerza, con tanta desesperación, me volví receptiva y su luz entró en mí. Esto produjo un pequeño despertar. Esa súplica a Dios me provocó una apertura que trajo consigo a mi vida un despertar que, a su vez, conllevó muchos cambios. Fue difícil, ya que no controlaba la apertura del canal. A veces se abría mucho, otras se cerraba y no escuchaba nada. Canalizaba de todo: bueno, malo y regular. Aparecían imágenes, visiones de la tierra, del mundo...

Oscilaba entre la luz y la oscuridad. Pasé dos meses ojerosa, pensando que me iba a volver loca como la situación siguiera así. No fue hasta que mi madre, a través de una amiga, me pasó la tarjeta de un psíquico, llamado Nicolás, al cual fui a visitar desesperada. Él me ayudó, pues

comprendió desde el principio lo que me pasaba. Me lo explicó todo y me mostró cómo controlar las canalizaciones, me enseñó a canalizar a voluntad. Pasé un tiempo aprendiendo de él. Fue una luz en el camino y un gran maestro para mí. Gracias, Nicolás. Te quiero.

Empecé a practicar con amigos de mi pueblo hasta que empecé a ejercer impartiendo cursos y terapias, en la medida en que iba adquiriendo experiencia. Comencé a realizar lecturas energéticas y del aura, canalizaciones... Seguí formándome en diferentes disciplinas –shiatsu, masaje thai, yoga, etc.–, y así he continuado por más de diez años, hasta el momento mismo de mandar a la imprenta el texto que estás leyendo en estos momentos. En solo unos meses, de nuevo, viví otro despertar intenso en un retiro al que acudí. Si el primer despertar llegó a principios de verano, el segundo, antes de que otoño hubiese anunciado su llegada. El proceso duraría unos seis meses en total.

Todo fue muy intenso en aquel retiro al que hacía mención. El despertar vino a través de un inmenso deseo de estar con Dios y de recibir amor y paz. Estábamos realizando *rebirthing*, vi a un chico y desde el primer momento sentí que nos teníamos que dar algo. Podía ver cómo su energía venía a mí desde el otro extremo de la sala y sentir cómo la mía iba hacia él. Era más que evidente que algo necesitábamos el uno del otro.

Y así fue. Nos pusimos juntos a practicar la meditación y nos dimos las manos. El ejercicio comenzó y, al rato, vino una luz inmensa dorada. Ahora sé que era Dios. Me dijo “tus deseos serán colmados”, y la luz me penetró. Me inundó. Esa energía dorada que, al principio, fue dicha, paz y amor, al poco, cuando aún me hacía sentir exaltada, se convirtió en un despertar parcial de kundalini. Tras un desbloqueo inmenso, me invadió una gran excitabilidad, nerviosismo, calores... Mi compañero vivió exactamente lo mismo, pero de manera más tranquila. Al terminar el ejercicio nos abrazamos sin decir una sola palabra y lloramos. Había amor, consuelo, comprensión, apoyo... No nos conocíamos de nada, pero todo fluyó.

Después de esto no nos separamos toda la semana. La excitación iba en aumento: la kundalini, el fuego... Al final, el acto sagrado se consumó y se apagaron con ello las ardientes llamas que habían prendido. Después me entere de que él había perdido a su novia en un accidente de coche, por lo que también estaba atravesando por un momento difícil. Jordi fue un gran apoyo, en ese momento y en muchos otros. Gracias.

Después de estos dos grandes minidespertares, comencé a formarme más y a seguir creciendo poco a poco como terapeuta y como persona. He pasado todos estos años practicando, leyendo e investigando la mayor parte del tiempo. Iba aprendiendo, pero siempre faltaba algo. En mi caso nada fue fácil, pues venía con una influencia kármica muy fuerte. Pero todo eso lo contaré más adelante.

En todo este tiempo, de vez en cuando veía algún espíritu que me despertaba de la cama, y algunas otras experiencias sueltas. La verdad es que estaba abierta en mi trabajo a leer auras y a verlo todo allí. Pero fuera de ese contexto, no me preocupaba del asunto. Ahora, mientras escribo esto, me doy cuenta de que estaba muy, pero que muy cerrada.

A su vez, mi estado físico no era el mejor, ni mucho menos. Siempre estaba enferma por algo o me ocurría cualquier cosa. Recuerdo que cuando tenía dieciséis años y salía a beber una cerveza, o al hacer ejercicio, me daban unos bajones de energía tan fuertes, a veces incluso acompañados por taquicardias, que no sabía qué me estaba ocurriendo. Pensé que tenía mala salud, pero nada más lejos de la realidad. Más adelante hablaremos de todo esto también.

Con veintiocho años aproximadamente, este bajón del que os hablaba –tan típico en mi persona–, me sobrevino con fuerza al comenzar una dieta anticándida, así que achaqué este empeoramiento a la alimentación y a que algo realmente extraño me estuviera sucediendo. Fue en aumento hasta mantenerme un año en cama. Después de esa dieta, nada fue igual. Cada vez que hacía ejercicio, bebía o trasnochaba, me venía este bajón, a veces acompañado de dificultad respiratoria, taquicardia y dolor de estómago muy fuerte.

La verdad es que no lograba entenderlo. Pasé por numerosos médicos especialistas que no me encontraron nada. Para ellos era más fácil no reconocer sus limitaciones y recetar un ansiolítico antidepresivo. Y, de paso, me miraban mal por estar delgada, tildándome de anoréxica, diciendo me que no comía... En fin, mi búsqueda seguía, en un intento de saber qué pasaba. Así pasé aquella primera parte de mi vida.

Y seguí igual durante mucho tiempo, y me entristecía, ya que no podía llevar una vida normal. Solía ocurrirme sobre las diez de la noche o al beber y hacer ejercicio. Era horrible, vivía con una especie de cansancio extremo que cada dos por tres me mantenía en cama. En un momento estresante de mi vida, cuando mi edad rondaba ya los treinta años, mi gatito, Titán, con solo un mes de vida, contrajo un virus y murió en mis brazos. Fue horrible, y no solo por su muerte. Aún recuerdo con amargura ese instante en que salí corriendo a la calle en busca de un veterinario que, por supuesto, nunca llegó, mientras el pequeño animal moría en mis brazos sin un ápice de paz. Exhalando su último aliento me miraba fijamente mientras yo corría en busca de ayuda.

Esa experiencia me destrozó el alma. “¿Acaso Dios existe?”, me preguntaba. “¿Por qué permite el sufrimiento? ¿Qué tipo de karma tiene este pequeño gatito?”. Creo que no me perdoné no haber podido darle una muerte llena de paz. Y, lo que es aún peor, sabiendo que algo así iba a ocurrir porque, cuando enfermó, yo le pregunté directamente a que había venido, y él me respondió: “Voy a morir. Solo he venido para darte la oportunidad de cuidarme porque no lo hiciste. Soy tu gato Isidoro”, tu antigua mascota. Me sentía culpable por no haberlo cuidado cuando estuvo enfermo. En lugar de amarle me alejé de él porque no soportaba verle enfermo. Se encarnó, por amor a mí, y lo peor fue llegar a saber toda esta información y no haber hecho nada al respecto. Siento que lo hice mal, y esa culpa no ayudó al proceso.

También coincidió que por entonces me engañaron al comprar una furgoneta de segunda mano, quedándome sin mis ahorros. También enfermó mi abuela, que acabó muriendo. Me imagino que la suma

de todo ello me llevó a entrar en un estado de tristeza que hizo que se complicaran aquellos extraños bajones.

Medio año antes de que empezara toda esta incomprendible pesadilla, yo había empeorado. Dos meses estuve en cama. Me costaba respirar: estaba claro, algo me pasaba. Me preguntaba qué rara enfermedad estaría padeciendo. Ya no sabía qué pensar. Mediante la kinesiología me propuse dar con lo que fuera que me estuviera ocurriendo, y decidí que no me movía de donde me encontraba hasta que no diera con la solución. Lo primero que descubrí es que era intolerante al gluten. Cambié de dieta pensando que así mejoraría, pero ya era tarde. Me sobrevino una nueva crisis de vértigos y esta vez duraría un año y medio. De todas maneras, me era imposible descubrir o diagnosticar algo a lo cual estaba cerrada a cal y canto. (De esto me daría cuenta en la medida que avancé en el proceso).

Ya había ocurrido lo del pequeño Titán, mi gatito bebé, lo del robo de mis ahorros y, en un momento de mucho trabajo, los bajones debido a todo ello empeoraron. Y con ello los dolores de estómago. Si tomaba vino me entraba un dolor inmenso, si comía, según qué cosas, lo mismo. Empecé a no poder levantarme de la cama, era como si tuviera un peso en el pecho y en el cuerpo que no me permitía respirar ni moverme.

Entre tanto, sobre diciembre, mi abuela enfermó y tuvo que ser hospitalizada. Estos síntomas tan fuertes habían empezado un mes antes. Montar en bici era un suplicio, me pesaba el pecho, me costaba respirar y me daba taquicardia. Era incapaz de salir de la cama y de hacer nada. ¿Qué me estaba pasando? Con mucho esfuerzo fui un par de veces a ver a mi abuela. Y digo con esfuerzo porque llegó un momento en que mi invalidez era total. Sentía que me desplomaba en todo momento y, además, comencé también con fuertes dolores de piernas y mareos... No sé en qué momento aparecieron los vértigos, si durante todo este trance o al morir mi abuela. Mi sintomatología era ya excesiva. Pero no imaginaba la sorpresa que me llevaría al descubrir lo que me estaba pasando.

Nada más ver a mi abuela supe que le quedaba muy poco tiempo. Su aspecto me lo decía. Era como si llevara un cartel en la frente que dijera “voy a morir”. Sufría por verla tan mal mientras en el hospital alargaban su agonía, cuando estaba más que claro que iba a fallecer. Qué estúpido el médico cuando aseguraba que aún había esperanzas. No sé a quién pretendía engañar.

Le hacía a mi abuela un seguimiento energético, y cada día veía como su energía se iba separando cada vez más de su cuerpo. Sabía que en solo unos días, no muchos más, llegaría su hora. Y así fue. Pasó sus últimas jornadas sedada. Parecía no querer irse, así que mi tía Elena y mi hermana me pidieron que hablara con ella para a ver si pudiera hacer algo.

Fue hermoso; ellas dos, agarradas cada una de una mano de mi abuela, y yo, sentada frente a su lecho de muerte, hablando con su alma, que estaba ya fuera del cuerpo. Era de color negro y daba vueltas sobre la cama sin parar, perdida. No sabía que pasaba, no entendía nada, lo único que decía era “no me voy a ir de aquí, no me quiero separar de vosotros”. Pero hablé con ella y la convencí. Vinieron su hermana y sus padres a buscarla, se abrió el cielo y ella quedó iluminada. Entonces, un puente dorado se tendió entre el mundo de los muertos y el hospital. Cruzó por él hacia los familiares que la esperaban al otro lado, su hermana y sus padres. Mientras lo hacía, se volvió y me dijo: “que sepas que no me quería ir”, y me riñó mientras reía. Terminó de pasar, se reencontró con ellos, el cielo se cerró y, en ese mismo instante, ella murió. Fue muy bonito.

Era la primera vez que ayudaba a morir a alguien, a cruzar al otro lado mientras aún estaba viva, en transición. Fue impactante, una experiencia muy intensa, y después tuvo que salir todo lo yo que había contenido en ese instante. La enterramos y acto seguido llegaron, o se intensificaron, ya no lo recuerdo con precisión, los vértigos, y todo lo demás. Y encamé.